



# SELECCION BIBLIOGRAFICA

---

## ¿QUE PASÓ CON LA REVOLUCION?

---

Este artículo es el resultado de un trabajo conjunto de los autores, que han pasado varias horas discutiendo sobre el tema propuesto. De las dificultades que hemos encontrado, ya damos cuenta a lo largo del artículo. La introducción es quizá algo larga, pero no hacerla hubiera significado no hacer justicia a las discusiones previas. Al final hemos optado por no hacer ninguna unificación de estilo ni de redacción; cada uno ha escrito una parte y ha reseñado algunos libros. El lector, siempre inteligente, percibirá con cierta facilidad que hay estas dos partes. En todo caso, esperamos que le sea útil y lamentamos que, posiblemente el resultado final no refleje el tiempo empleado. A veces nuestras neuronas no dan más de sí.

---

Por Félix García Moriyón  
e Ignacio Pedrero Sancho

### 1. ALGO CAMBIA

El siglo XX avanza inexorablemente hacia su fin. Ello da lugar a que, como en todo fin de siglo que se precie, y más coincidiendo con el fin del milenio, se disparen las ansias de conjeturar acerca de finalidades, sentidos y esperanzas para el futuro. Los más avezados tratan de desentrañar lo que vendrá a partir de la auscultación sistemática de determinados pulsos y sin-



tomas que se detectan en la cultura presente. Otros se dedican a legitimar y justificar lo que hay, dando por sentado que no puede o *no debe* haber más. Los menos ya, bucean en el pasado más próximo, intentando bien recuperar ilusiones — en todos los sentidos y direcciones — pasadas, bien rastrear el porqué de su desvanecimiento.

A estos últimos se apunta el grupo de los que desde la perplejidad del que se enfrenta al problema con todos los datos en la mano pero no acaba de encontrar una solución satisfactoria, aún pretenden averiguar qué ha pasado con la *revolución*. Y repárese que no decimos sólo con la idea o el ideal de revolución, sino con su propio desenvolvimiento práctico como realidad activadora de movimientos políticos y sociales.

¿Cuándo, por qué, cómo ha llegado a diluirse y desaparecer ese antídoto contra el conformismo, contra el posibilismo? Seguramente economistas, sociólogos y teóricos de la política podrían contestarnos, sirviéndose de diversas claves históricas y conceptuales. De hecho, toda una avalancha de literatura en torno a este asunto y otros convergentes, aparece hoy en cualquier bibliografía básica de filosofía y sociología políticas. Artículos, ensayos, tesis doctorales, libros y manuales se han dedicado a explicarnos cómo hemos pasado de una sociedad «preocupada» por el avance de posiciones revolucionarias en su propio seno, a una sociedad en la que mencionar esa posibilidad desacreditada teórica y prácticamente de manera automática.

Se podría, por tanto, utilizar esas claves antes mencionadas y explicar, por ejemplo, cómo una sociedad tardo-capitalista ha podido dismantelar el concepto de proletariado, partido revolucionario, lucha de clases... Aunque también bastaría con contemplar una tarde de programación televisiva para comprender por qué una sociedad como la presente se sonríe — en el mejor de los casos — cuando oye mencionar la palabra «revolución». Sin embargo, y sin ir más allá de la mera sugerencia, nos preguntamos si, desde otra perspectiva distinta podría explicarse también su descrédito, apelando a alguna línea de fuerza más general, que quizá pueda observarse en este paradójico fin de milenio. Nos referimos a otro tipo de aproximación, de contextualización del problema. Todas las otras explicaciones están más o menos claras, sobre todo desde el momento en que utilizan muchos factores que, sumados, aclaran cómo las llamadas democracias occidentales, con sistemas parlamentarios y situaciones económicas muy distintas a las del capitalismo de preguerra, han desterrado la posibilidad de que una determinada clase social, o un sector humano, en general, siga creyendo en la necesidad — e inexorabilidad, a la larga — de una revolución en todos los órdenes de la vida. Pero quizá el análisis de algunos hechos nos muestre que el descrédito de la revolución es sólo un síntoma de algo más profundo y generalizado, al que cabría muy ingenuamente, llamar «descrédito de la razón»; o cuando menos del modelo de racionalidad que triunfó en la Ilustración. Lo interesante y doblemente chocante del asunto es que, precisamente, quienes hoy pretenden retomar y consolidar desde nuevas bases el proyecto ilustrado lo hacen con visiones decididamente reformistas, que dan por enterradas las pasadas furias de transmutar los valores sociales, económicos y humanos.



¿No existen hoy contradicciones de base en el sistema que obliguen no a un simple reajuste o reconducción, sino a una inversión radical del propio sistema? Esto parece evidente, si se mira al llamado «tercer mundo», donde, por cierto, perviven de una manera diferida y enquistada los ideales revolucionarios. Pero desde el «primer mundo», que sigue rigiendo por vía de lo económico los destinos del resto, no se contempla la desigualdad radical entre las distintas partes del globo como una contradicción, sino, la mayor parte de las veces, como un mal menor, o incluso como la condición de posibilidad de que exista un «desequilibrio» justo para los occidentales.

Nadie, desde el Mayo francés, ha vuelto a hablar seriamente de revolución. Quienes aún alimentan la creencia en la racionalidad progresiva o progresista de la sociedad, evitan en lo posible cualquier alusión a transformaciones radicales. Ningún autor de renombre parece sostener, al menos **en serio**, que ante la irracionalidad de un sistema que se revela cada vez más inconsecuente, haya que subvertir el «desorden» para imponer racionalidad humana. ¿O es que no se puede apelar a la revolución desde la razón? Algo así pareció intuir Ortega, cuando hablaba de los malos resultados que había traído a Occidente el desviar la inteligencia hacia fines utilitarios que no habían pasado por un previo desinterés teórico o teorizante (Vid. **Reforma de la Inteligencia**, en **Obras completas**, vol. IV, Alianza editorial, Revista de Occidente, Madrid, 1983, pp. 493-500). Pero al margen de esa visión idealizante del Ortega de la razón vital, y si hacemos caso del pulso intelectual de la Europa contemporánea, el descrédito de la razón apuntado, entre otros por Finfielkraut (**La Derrota del Pensamiento**, Anagrama, Madrid, 1987), más que abrir nuevas vías hacia la imaginación — como querían los «revolucionarios del 68», o hacia formas más progresistas de organizar lo social y lo humano, ha supuesto una regresión en todos los órdenes, una reacción que ha venido a resucitar fantasmas decimonónicos muy alejados del que preconizaran Marx y Engels en su **Manifiesto comunista**. Por citar un ejemplo, ahí está el auge fervoroso de nacionalismos y de exacerbados perifederalismos étnicos que, a fuerza de incidir en una cultura de la diferencia, han diluido la utopía de un cosmopolitismo racional que, por otro lado, tampoco los ilustrados fueron capaces de presentar más que nominalmente y de una manera muy peregrina (véase al respecto las consideraciones de los Hume, los Kant, acerca de otras razas «inferiores»); o su versión revolucionaria, de un internacionalismo proletario.

Sea como fuere, y dejando lo dicho a título de sugerencia, nos planteamos aquí proponer algunos trabajos traducidos al castellano, cuya lectura va resultando casi obligada en la medida en que muchos de ellos son ya clásicos de la literatura filosófica que ha reflexionado en torno a estos asuntos. En ellos se trata, desde distintas posturas, a veces antagónicas, de ver qué ha pasado, e incluso por qué, con la vieja creencia en la inexorable revolución. En este sentido, invitamos a su lectura y reflexión, convencidos de que una previa clarificación racional desde la teoría posibilita, como Marx quería, una transformación crítica desde la práctica.

## 2. ALGO PERMANECE

Todo lo que acabamos de exponer es cierto y no va más allá, en cierto sentido, de una constatación de la perplejidad y la desesperanza que ha ido cundiendo tras décadas, siglos, de estar viviendo en el filo de la navaja. Tampoco es un malestar nuevo, sino tan antiguo como el mismo ser humano que lo padece, pero más directamente, tan antiguo como el lamento de Cándido en pleno esplendor optimista y progresista. Ya Schopenhauer hacía una invitación al nihilismo y su eco ha seguido resonando con fuerza que se renueva cíclicamente, como cíclicamente se renuevan las ilusiones esperanzadas de los que nunca han querido ser ni ilusos ni resignados. Valga esta consideración para recordar que la bibliografía sobre el propio destino de la revolución y de Occidente (al fin y al cabo el que patentó el invento) sería impresionante si pudiéramos incluir a autores desde Tocqueville hasta nuestros días. Incluso podría dar la impresión de que los europeos llevamos mucho tiempo mirándonos el ombligo, o hablando del lenguaje y de las condiciones de posibilidad del discurso, sin entrar nunca a hablar de las cosas mismas que nos rodean.

Y sin embargo... Algunos podrían decir que esta pérdida del talante revolucionario es un signo evidente de la degeneración europea y occidental, a la que, por cierto, le quedan los días contados, pues ya vienen poco a poco, en oleadas incontenibles, los del sur, reclamando la reparación de siglos de marginación, explotación y dependencia. Pero si recordamos también el terror que ha acompañado a todas las revoluciones desde aquella que erigió no sólo la Razón, sino también la guillotina como estandarte, podríamos, sin ningún rubor, celebrar una gran fiesta para regocijarnos ante la pérdida de compañías tan poco recomendables. El mesianismo revolucionario, la vanguardia consciente de los verdaderos intereses del pueblo, el recurso a la violencia catártica y purificadora, y otras muchas zarandajas han provocado un exceso irreparable de sangre, sudor y lágrimas, y ha ido dando tumbos de fracaso en fracaso, apenas ocultos por una fraseología impresentable. La historia ha terminado siendo interpretada como un avance jalonado de bruscos saltos, saltos en los que era sacrificada la felicidad de muchos para un hipotético beneficio de unos hipotéticos sucesores. Y los sempiternos defensores del desorden establecido han podido recurrir al miedo ancestral para justificar el recurso a una represión brutal y despiadada.

Es decir, todo un desastre. Obsesionados por un cambio brusco y radical que inaugurara los nuevos cielos y la nueva tierra, fija la mirada en un futuro renovado, el presente ha sido sistemáticamente preferido, y aquellos que en un alarde de sensatez pedían los cambios aquí y ahora han sido tachados de infantilismo revolucionario. Visto desde esta perspectiva, el mito de la revolución ha hecho mucho daño, y ya en el siglo pasado hubo algunos que insistieron en que no se estableciera un corte tan tajante entre lo que entonces se llamaba reforma y revolución, o que no se dedicaran excesivos esfuerzos mentales a hablar de un futuro que no había llegado y que no se podía prever, restando de esa manera los esfuerzos imprescindibles para denunciar y transformar el presente en el que vivimos.

Y sin embargo, se mueve, como ya dijo alguien en momentos de profundo desconcielo y desamparo. Algún ingenuo puede pensar que todo está atado y bien atado y que resulta imposible ir contra una situación tan lamentable como ésta. Nada tan poco cierto como esa deformada impresión, y bien lo saben los que nos oprimen y nos explotan, quienes no paran de buscar medios para que todo siga igual. No es fácil encontrar otra época en la historia de la humanidad en la que los signos de cambios profundos y radicales hayan sido tan numerosos. No en vano hay quien ha hablado de una nueva revolución industrial, para referirse a determinados cambios que están alterando completamente las reglas del juego; como lo está cambiando la irrupción de pueblos sometidos a siglos de pillaje y humillaciones; o los espectaculares avances en áreas del saber y de la técnica que van desde la biología hasta las comunicaciones.

Entenderíamos de otra manera muchas cosas si fuéramos conscientes del mogollón que se nos está viniendo encima. Es más, no se puede decir en ningún momento que se hayan perdido las aspiraciones revolucionarias en una época en la que todo está revolucionado. También en este caso, si adoptáramos este punto de vista más amplio, la bibliografía a la que podríamos recurrir sería inmensa. Muchos son, y de muchas maneras, los que se interrogan con cierta angustia acerca de lo que está pasando y de lo que nos puede llegar a pasar. Ni los políticos del orden establecido saben qué hacer, excepto achicar agua de todas partes para preservar lo que ya tenemos, aunque sea a costa de sacrificios inmensos de la inmensa mayoría de la población de la Tierra; ni tampoco los que se oponen a esta barbarie establecida saben muy bien por donde tirar, lo que no significa ni mucho menos que hayan renunciado a aquellos ideales de libertad, igualdad y fraternidad.

Pero el barco no se para, sigue renqueando, posiblemente sin norte ni guía, pero sigue; hay signos para la esperanza, pero también los hay para la desesperación. Es cierto que hemos llegado a un punto en el que nos salvamos todos o aquí no se salva ni dios, lo que permitiría soñar con que el deber ser de un mundo más fraterno terminara coincidiendo con el ser de lo que hay y puede haber. Pero también es cierto que no seríamos ni el primer ni quizá el último experimento fallido de la historia del universo; la posibilidad de una autodestrucción completa queda abierta y no parece que tengamos que tener más privilegios que los dinosaurios, al menos si no recurrimos a hipótesis trascendentes. Desde nuestro punto de vista es racionalmente más sólido ser optimista, pero no creemos que eso sea muy persuasivo para los ziguas profesionales y los adictos a la depresión. De todas formas son tantas las cosas que hay que ir haciendo que no queda casi tiempo para recapacitar sobre nuestro estado de ánimo.

## 3. ALGUNOS LIBROS

El lector estará parcialmente desesperado por una tan larga introducción a una selección bibliográfica. Qué le vamos a hacer, no hemos visto otra solución. El tema era tan difuso y confuso que nos ha llevado tiempo discutir y

aclarar cuál podría ser la selección adecuada. Por eso hemos puesto la introducción, que puede servir de criterio orientador cuando se vaya a leer algún libro sobre el tema, sea de los que hemos incluido u otro mejor o peor. También puede y debe servir para comprender la pluralidad de perspectivas que se podrían haber adoptado en el momento de seleccionar unos libros; de rechazo, ayudará a comprender que cualquier decisión en este sentido puede tener un mucho de arbitrariedad y la nuestra lo tiene. Vayan un par de justificaciones.

Hemos optado, como era obvio, a la literatura en lengua castellana, que es la más asequible. Esto ha tenido sus dificultades, pues no se puede decir que la producción indígena sobre el tema sea amplia, sino más bien todo lo contrario. Es posible que el paréntesis oscuro del franquismo nos haya alejado de la reflexión política en el sentido sugerido por este tema. Hemos optado igualmente por limitarnos a textos de reflexión sobre el sentido de la revolución en su más estricta dimensión política; autores muy sugerentes que están intentando pensar hacia dónde vamos y en qué revolución andamos metidos, se han tenido que quedar fuera. Por último, no hemos querido incluir un número excesivo de libros. Pasamos, por tanto, a enumerarlos sin que el orden en que aparecen tenga ningún oculto significado.

**ARENDDT, Hannah: *On revolution*.** Penguin Books. New York, 1977. (Existe una reciente traducción en Alianza Editorial).

Hannah Arendt no es una autora excesivamente conocida en nuestro país, aunque ya haya alguna obra traducida, pero sí ha tenido una sólida influencia fuera de nuestras fronteras, tanto en los países de lengua inglesa como en otros países de Europa. Del libro que comentamos, aparecido por primera vez en 1963, se habían publicado en 1977 quince ediciones.

Arendt siempre estuvo preocupada por la filosofía política, intentando comprender el doloroso destino del mundo europeo en el s. XX, sumido en la pesadilla totalitaria, y perdida igualmente la ilusión por una auténtica política en la que la dimensión comunitaria del ser humano fuera de la mano de la libertad. El tema de este libro es, precisamente, el intentar comprender cómo pudo perderse el espíritu revolucionario con el que había comenzado el mundo contemporáneo. Ese espíritu se manifestaba en tres principios básicos: la libertad pública, vinculada a la participación de todos en la vida de la democracia; la felicidad pública, unida a una distribución más equitativa de la riqueza; y el espíritu público, ese interés por la vida en una comunidad.

Posiblemente lo más sugerente del libro, además del sólido conocimiento de la autora sobre el tema tratado, sea la tesis central: el espíritu revolucionario se perdió prácticamente desde el primer momento, y las revoluciones no han sido posteriormente más que una ciega síntesis de violencia y desesperación. En parte, eso se ha debido a que se fijó la atención en una revolución fracasada, la francesa, mientras que no se prestó suficiente atención a la que fue realmente una revolución modélica, la americana. Preservar la memoria, luchar contra el olvido, y al mismo tiempo seguir esforzándose por recuperar esa institución de la libertad característica de la revolución, es nuestra actual tarea.

**TOCQUEVILLE, Alexis de: *La democracia en América*.** Alianza Editorial. Madrid, 1980, 2 vol.

La lectura de este libro viene en parte sugerida por la lectura del anterior. Tocqueville viajó a los Estados Unidos en 1831 y escribió a su vuelta a Francia una reflexión sumamente interesante sobre las características de la sociedad norteamericana y las consecuencias que había tenido la instauración de un régimen democrático, no sólo en la vida política, sino en las costumbres en general. La obra se convirtió inmediatamente en un clásico y como tal es presentada aquí.

Sin entrar en mayores consideraciones sobre un libro tan extenso y rico en contenidos y sugerencias como éste, su lectura nos parece doblemente interesante. Por una parte nos permite romper con la presencia obsesiva de la Revolución Francesa, convertida injustamente en paradigma casi único de las revoluciones contemporáneas. Por otra parte nos permite recuperar el palpito original de la revolución, lo que realmente supuso y pudo suponer para los hombres que la hicieron y para las primeras generaciones que disfrutaron de sus conquistas, en unos momentos en los que todavía carecía de sentido la distinción entre democracia formal y democracia material, pues se trataba de instaurar la democracia plena. Y además, nada pueden hacer aquellos que perdieron la memoria.

**CASTORIADIS, Cornelius: *La institución imaginaria de la sociedad*.** Tusquets. Barcelona. Vol. I: *Marxismo y teoría revolucionaria*. (1983). Vol. II: *El imaginario y la institución*. (1989).

A estas alturas nadie le va a negar a Castoriadis el haber sido una de las mentes más lúcidas en el análisis de la sociedad y la política en los últimos 30 años, y nosotros no vamos a descubrir el mediterráneo insistiendo en ello. La edición francesa de esta obra apareció en un sólo volumen allá por 1975.

La tesis central de Castoriadis en esta obra es criticar algunos supuestos básicos de la teoría revolucionaria, haciendo especial mención del marxismo. El error habría estado siempre en pretender aplicar una concepción esencialista a la sociedad, según el cual el destino de la revolución está ya determinado y prefijado desde el principio. Frente a ello se trata de recuperar un proyecto revolucionario que excede cualquier intento de fundación racional que debe más bien pasar por encima de la razón instituida y abrirse imaginativamente al futuro, que siempre está abierto. Revolución implica, por tanto, recuperar el carácter autoinstituyente de la sociedad, recuperar ese sentido de creación de significados y relaciones sociales, sin el que no es posible que aparezca algo realmente nuevo.

Es toda una línea fecunda de pensamiento ocupada por otros autores como Lefort, Dumont, Abensour, Mongin, preocupados de forma especial por devolver el aliento democrático a los proyectos sociales.



OFFE, Claus: **Partidos políticos y nuevos movimientos sociales**. Sistema. Madrid, 1988.

Quizá sea un poco forzado traer aquí este libro, formado, como tantos otros actualmente, por un conjunto de artículos que el autor ha ido publicando en los últimos años. No obstante hemos preferido caer en la tentación por ser posiblemente la única posibilidad de leer a este autor en castellano. Se insiste excesivamente en estos momentos en el pensamiento de Habermas, pero no lo suficiente en el de este otro autor, cuyo filo, en el momento de diseccionar los problemas que aquejan a las democracias parlamentarias actuales, es mucho más cortante.

De todos los artículos, aconsejamos la lectura del que aborda los criterios de racionalidad en la política, pues permite calibrar los límites de la mediocridad imperante. Ofte desmenuza también en otro de los artículos el análisis conservador de la crisis en la que estamos metidos, con sus propuestas insostenibles de restringir el alcance del estado de bienestar y el exceso de demandas que hace que las democracias sean ingobernables. Por último, merece la pena prestar especial atención a su análisis de los nuevos movimientos sociales, pues en ellos, y en el cambio de paradigma político que implican, podemos encontrar las pistas de un nuevo impulso revolucionario, en el estricto sentido de profundización en la democracia y de ruptura de un modelo que no tiene posible arreglo.

JULIEN, Claude: **El suicidio de las democracias**. Hogar del Libro. Barcelona, 1985.

La primera edición española de este libro se publicó en 1974. Desde entonces hasta ahora, el prestigio de Claude Julien ha ido creciendo, tal es el interés y el valor de su trabajo como director de un periódico de casi obligada lectura para aquellos que están realmente preocupados por estar al tanto de lo que está ocurriendo en el mundo de la política, la sociedad y la economía a nivel internacional. Nos referimos a *Le Monde Diplomatique*, del que existe una edición en castellano editada en México.

Con este libro pasa un poco como con el de Ofte, que quizá no quepa excesivamente en la bibliografía limitada que nos hemos propuesto presentar. Sin embargo, tampoco aquí hemos querido resistir la tentación, pues el libro no deja de ser una dura denuncia de esa pérdida del ideal revolucionario en las pacatas democracias occidentales (y pacatas es, obviamente, un eufemismo exigido por las normas del buen gusto). Pero al mismo tiempo constituye un buen alegato esperanzado que invita a seguir bregando con ocasión y sin ella por la preservación de un ideal que necesariamente tiene que terminar trastocando radicalmente una situación insostenible como la actual.

GORZ, André: **Adiós al Proletariado**, (trad. Miguel Gil), Ed. El Viejo Topo, Barcelona, 1981.

En su obra, Gorz pretende incitar, más que responder, a quienes se plantean las posibilidades del renacimiento de una nueva izquierda, «portadora de futuro y no de nostalgias». El punto de partida lo constituye la clara con-



ciencia de que la abolición del trabajo es un hecho imparable por causa de la automatización tecnológica, ante la cual, la única respuesta actual es una sociedad con un alto índice de parados, cuando el ideal ha de ser una sociedad del tiempo libre. Ello pondrá fin al sujeto histórico del marxismo, el proletariado. De hecho, en palabras de Gorz, «la "no clase" de los "no-trabajadores"» plantea optar por la abolición liberadora y socialmente controlada del trabajo, que no parecía estar presente en la mente de Marx. Así, no se trata de «sustituir la clase obrera de Marx por otra clase investida del mismo tipo de "misión" histórica y social» (pág. 17). No hay, pues, ninguna sacralización ni teleología en esta nueva «no-clase» sino una apuesta política (aunque también ética y existencial) por un nuevo modelo de hombre autónomo, concebido desde una perspectiva claramente libertaria.

Para Gorz, la crisis del ideal revolucionario marxista, la crisis del marxismo, se debe a su esencial incompreensión del modelo de hombre que debía ser propugnado. No es que no exista o no deba existir la clase obrera; es que, precisamente, en el seno del capitalismo, dicha clase deviene funcional en el sistema e incapaz de asumir el modelo de racionalidad socialista. Por eso Gorz propone la superación del capitalismo desde una superación de los presupuestos marxistas sobre el proletariado como sujeto histórico. Si la crisis del socialismo es la crisis del proletariado, sólo quienes estén por la abolición del concepto de obrero y su clase correspondiente podrán asumir dicha propuesta transformadora.

VECA, Salvatore: **Razón y Revolución**, en BOBBIO, N., PONTARA, G., y VECA, S.: **Crisis de la Democracia**, (trad. J. Marfá), Ariel, Barcelona, 1985. 95 pp.

Esta breve comunicación de Salvatore Veca es muy instructiva por cuanto plantea las relaciones entre razón y revolución desde tres aproximaciones históricas y teóricas: la teoría clásica de la revolución, la revolución en Marx y la revolución en Lenin. En la primera parte, desde una perspectiva inicialmente weberiana, Veca alude a una tipología de las revoluciones, tratando de encontrar en todas ellas elementos que las asocian con procesos de *modernización*, por un lado, y con estructuras sociales y conflictos agrarios o campesinos por otro. Por tanto, hablar de revoluciones es hablar de conjuntos de acontecimientos relacionados a sociedades agrarias, y al colapso de las formas tradicionales de legitimidad del poder, todo ello vinculado al llamado imperativo de la modernidad. Estas parecen ser las conclusiones a que lleva el estudio de las teorías revolucionarias y sus resultados concretos, a la luz de las citadas claves weberianas. Todos esos procesos generan estados más fuertes, que curiosamente, contrastan con los ideales marxistas de la abolición del Estado.

Sin embargo en Marx conviven revolución y supresión del Estado. Ello se debería a una singular mezcla de elementos premodernos y modernos en su teoría, que propugna un modelo de sociedad dominado por una sola racionalidad, la revolucionaria, que supere las contradicciones entre los individuos y la sociedad, apostando por el todo por encima de las partes.

Con la aparición del partido de masas, según Veca, dejan de tener sentido algunas de las previsiones marxistas. «Derrocar algo tiene sentido para quien no está situado en el sistema que se debe derribar: pero el primer objetivo del movimiento de los trabajadores es exactamente el inverso, el de la *incorporación*» (pp. 37-38). El principal objetivo para las masas trabajadoras que han conseguido dicha incorporación no es el derrocamiento sino la equidad social en la distribución de costes y beneficios. Por eso el modelo revolucionario leninista introduce factores técnicos, programáticos y de organización.

Por último, Veca analiza qué queda por decir sobre la racionalidad o la justicia de nuestras decisiones y elecciones, apostando por un modelo de racionalidad limitada, frente a historicismos y visiones univocistas del progreso, lo cual, según él, no reduce nuestro esfuerzo en favor de la razón, sino que enfatiza la búsqueda y discusión de criterios desde los que decidir por el progreso —y por cuál—.

**KOLAKOWSKI, Leszek: *Intelectuales contra el intelecto*, (trad. M. Bofill), Tusquets, Barcelona, 1986, 141 pp.**

En esta recopilación de ensayos, Kolakowski revisa algunas de las creencias básicas del marxismo, y de las posibilidades de reintroducir el progresismo por vía de la razón sin incurrir en irracionalidades que suprimen la libertad individual. Desde una postura que nos recuerda a la mencionada de Ortega (vid. supra), el autor, en el ensayo que da título a la recopilación, afirma que el papel del intelectual no es el de gobernar, sino el de preservar un trasfondo comunitario de racionalidad que asegure el desarrollo de los hombres en un clima de justicia y libertad. Cuando el intelectual ha pretendido aplicar la razón por vía del pragmatismo político, ha traicionado el imperativo de verdad que ha de presidir su tarea, en aras de circunstancias que anulaban un marco de referencia común, universal, tapete sobre el que han de jugarse las decisiones políticas y sociales. Precisamente, todas las categorías revolucionarias, como muchas que ha propiciado el marxismo, obviaban este punto, lo que ha llevado a que el fin liberador del hombre que perseguían, se haya convertido en un medio para la consecución final de los afanes trasmutadores. La humanidad *no progresa* por el hecho de que parta siempre de situaciones imperfectas o aberrantes. En todo caso, habría que saber si todo cambio obedece a alguna extraña ley de la perfectabilidad y el progreso, y esa ley, a la vista de los resultados históricos, será siempre cuestionable.

**SCHAFF, ADAM: *Perspectivas del Socialismo moderno*, (trad. J. Ruiz Lardizábal), Editorial Sistema-Crítica, Madrid, 1988, 452 pp.**

Es importante mencionar la posición de un estudioso como Schaff, por cuanto su posición ha sido y es privilegiada para analizar los resultados de muchas de las tesis revolucionarias. En una obra plagada de biografía, el filósofo polaco se cuestiona qué ha cambiado y está cambiando en la realidad socio-política que hace caducos los planteamientos tradicionales en torno a la revolución, y de manera general, la reflexión de la izquierda. De este

modo, para Schaff, es necesario que se produzca un debate y una reflexión profundas por parte de estos movimientos, partiendo de un análisis de la situación actual por comparación con la pasada. La sociedad cambia a un ritmo vertiginoso. Las transformaciones ocurridas como resultado de la llamada segunda —y hasta tercera— revolución industrial, con imparable proceso de «informatización de las sociedades industriales» hacen que los conceptos de partido, clase social, y relaciones sociales en general, hayan quedado obsoletos hasta el punto de no explicar hoy ya casi nada. La sociedad presente no es ya la sociedad burguesa tradicional; los conflictos, no se dan en los mismos escenarios ni entre los mismos agentes. El proletariado y el movimiento obrero reivindicativo están, de ese modo, obligados a replantearse su situación, hasta el punto de saber si han de renunciar a lo que tradicionalmente ha venido llamándose «revolución», por cuanto ni ellos ni la sociedad en los términos del presente y el futuro parecen capaces de abordarla. Se requiere, por lo tanto, un amplio paréntesis de debate y reflexión que no dé por sabido ni prejuzgado nada, si realmente se quiere marchar hacia sociedades más justas. Comprender lo que ha cambiado y lo que está pasando, para actuar consecuentemente y coherentemente. De ahí el énfasis de Schaff por «alterar la calma de los que duermen y estimular la opinión social». En ese sentido, un buen punto de partida, parece decirnos el autor de este libro, es entender definitivamente los callejones sin salida a que han conducido las posturas revolucionarias más dogmáticas y «autoconvencidas» que han manifestado los teóricos de la izquierda revolucionaria; y a ello parece estar obligado quien hable, como indica Schaff desde *los intereses del socialismo*.

**POPPER, K. R.: *La Miseria del Historicismo*, (trad. P. Schwartz), Alianza-Taurus, Madrid, 1973, 181 pp.**

Quizá parezca paradójico incluir aquí una obra de un autor tan alejado de la «revolución», pero nos parece interesante mencionar una aproximación «liberal» al análisis de las categorías históricas y científicas de la revolución. En esta obra (mucho más escueta que *La Sociedad abierta y sus Enemigos*). Popper pasa revista a las distintas teorías del cambio, la evolución y el progreso que han defendido la existencia de leyes de desarrollo infalibles. La creencia en el destino histórico, sea el que sea, es una de las mayores irracionalidades que ha creado la ciencia social en los últimos dos siglos, aunque esa creencia se haya revestida de presuntas racionalidades últimas. Aunque Popper no centra su obra en el marxismo, si es interesante señalar la acusación de acientífica que lanza sobre su teoría científica del desarrollo de la sociedad. Piénsese que Popper fundamenta su crítica, principalmente en criterios epistemológicos, llevados en este caso al terreno del análisis socio-histórico, y ello parece darle derecho a rechazar todos aquellos planteamientos que no reconozcan el carácter impredecible de lo futuro, el falibilismo de cualquier teoría que quiera presentarse como científica. Si el marxismo, desde una razón revolucionaria, ha pretendido señalar cuál ha de ser el futuro de la sociedad y del hombre, ha hecho algo que no puede hacerse desde bases racionales y científicas. El fracaso de la revolución estaría, así, en que siempre ha de necesitar del elemento irracional para triunfar porque su ra-



cionalidad, su «inexorabilidad» es inexistente. Por eso el triunfo histórico de algunas revoluciones ha demostrado su fracaso como teorías científicas, sujetas a criterios racionales. La creencia en el progreso como ley, o de su aceleración, no deja de ser sino un prejuicio acientífico, en opinión de Popper. Si el marxismo se hubiera presentado como socialismo utópico, como un intento por imponer el deber ser frente a la realidad, nada tendría quizá que reprocharle Popper desde el punto de vista del científico. Pero el socialismo marxista se declara, por oposición, «científico». No dice lo que hay que hacer, dice lo que va a suceder. Ahí es donde Popper y todos los críticos del historicismo levantan su protesta.

